

# Dos ficciones vanguardistas de Paul van Ostaijen

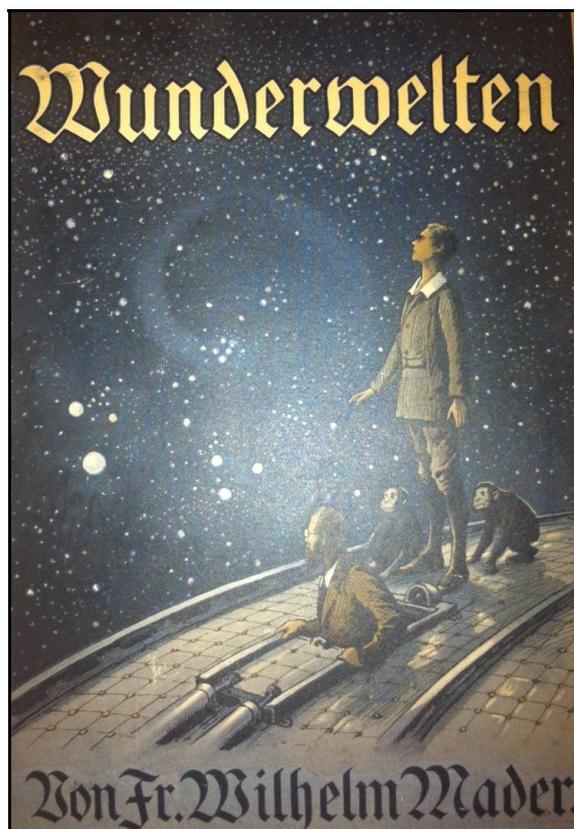
Nota introductoria y traducción  
de Manuel Moreno Tovar

© Manuel Moreno Tovar, por la introducción  
y la traducción, 2018



Cuesta encontrar en Flandes a alguien que no conozca a Paul van Ostaijen. Esta gran figura del vanguardismo, poeta, prosista y traductor (fue el primero en traducir poemas de Franz Kafka al neerlandés) destacó por su carácter transgresor. Innovó en el estilo y jugó con la forma. En lo político, se manifestó a favor del movimiento independentista flamenco en una época en la que la región de Flandes se encontraba más atrasada económica y culturalmente que Valonia. Nacido en 1896 en Amberes, abandonó su ciudad natal para dirigirse a Berlín tras el armisticio de 1918. Los cuatro años que pasó en la metrópoli alemana no solo se caracterizaron por una profunda inestabilidad política y por la hiperinflación del marco, sino también (o quizás precisamente como consecuencia) por el auge del expresionismo y el dadaísmo. Habida cuenta de su carácter tormentoso, no sorprende que el amberino cayera en una profunda crisis de identidad, ni que comenzara a experimentar con las drogas y con su sexualidad. Ya de vuelta en su patria, se valdría del verso para criticar la hipocresía de la sociedad y el sinsentido de la existencia humana (llegó a referirse a la civilización como «sifilización»). En este contexto nacen los dos textos que nos ocupan, clasificados como obras *grotescas*. El género literario de lo grotesco nos enfrenta con lo antinatural, con el lado más sombrío y despiadado de la vida. Pretende desbaratar todo aquello que damos por sentido a través de la arbitrariedad y el absurdo de una realidad distorsionada. Lo más per-

turbador de este género es el realismo en el que se cimienta: la demencia frenética nos resulta extrañamente familiar, el mundo alienado se parece demasiado al que ya conocemos.



Este es el mundo en el que se enmarca la ciudad simbólica de Creixcroll, *La ciudad de los constructores* (*De stad der opbouwers*, publicada en 1923 en el diario *De Schelde*, vol.



## Dos ficciones vanguardistas de Paul van Ostaijen

6, n.º 290, p. 4). Van Ostaijen introduce este relato con una premisa inicial, la antítesis entre la construcción y la demolición. Dicha premisa se fundamenta en un hecho obvio, algo que «todos admitirán»: construir edificios requiere una mayor capacidad intelectual que destruirlos. Sin embargo, la normalidad no tarda en dar paso a la *verkeerdheid*, una suerte de racionamiento de la lógica absurda: si construir es elevado y demoler innoble, lo primero debe potenciarse y lo segundo, prohibirse. Mediante la aplicación estricta de la ley, por la cual ni siquiera los niños pueden desmontar sus construcciones de juguete, Van Ostaijen critica la lógica positivista y demuestra que hasta las acciones más progresistas pueden tornarse *regresistas*. A medida que avanza la narración, el nivel de abstracción aumenta de forma exponencial, en una progresión matemática inevitable. Se desvela así una paradoja: sin previa demolición no puede existir la construcción. La vertiginosa narrativa nos demuestra la relatividad de las posiciones morales a las que tanto nos aferramos y nos inmuniza contra la enfermedad de la superioridad intelectual. *La ciudad de los constructores* es una experiencia opresora y liberadora a la vez, en la que Van Ostaijen se vale de expresiones inusuales y usos gramaticales poco ortodoxos para crear un texto brillante e irreverente. Más allá de los cambios inesperados de registro, desconciertan los saltos entre el pasado y el presente. Este curioso uso de los tiempos verbales permite al escritor experimentar el pasado, el presente y el futuro de forma simultánea.

En contraste con la realidad —cada vez más deformada— de la ciudad de Creixcroll, *Las sirenas* (*De sirenen*) parte de una premisa fantástica («No hace mucho tiempo, los marineros consiguieron atrapar a las sirenas [...]»). Se trata de una obra de prosa lírica publicada póstumamente en 1932 como parte

de *Diergaarde voor kinderen van nu* (ed. Gaston Bursens, Amberes) con otras piezas de corta extensión. *Las sirenas* se diferencia de los demás textos por la maestría a la hora de jugar con el doble sentido (que funciona tanto en neerlandés como en español) de la palabra *sirena*: se refiere tanto al animal mitológico como al instrumento acústico moderno. Para conseguir este efecto, Van Ostaijen usa un estilo metonímico en el que ambas imágenes se desarrollan contiguamente y se intercambian de forma sutil, sin forzar una progresión por similitud que destruiría la ambivalencia entre ambas. Las sirenas que emiten ese sonido lúgubre y lastimero en los puertos son las mismísimas criaturas mitológicas, cuya voz se proyecta desde las bodegas de los barcos a través de un tubo. De ahí que estas sirenas no canten, sino silben. Se trata de una reflexión del significado profundo de las sirenas contemporáneas que Van Ostaijen debía de escuchar ensimismado en el puerto de Amberes. Por otro lado, la sirena como criatura mitológica representa la seducción por el arte y el proceso creativo. Aquellos marineros (en el fondo, poetas) que se dejen embaucar por la búsqueda de la perfección lírica fracasarán irremediablemente, pues la poesía nunca satisfará plenamente sus anhelos.

Van Ostaijen falleció a los 32 años de tuberculosis, justo cuando parecía que la vida le empezaba a sonreír. Pese a lo extraño y en ocasiones arcaico de su lenguaje, las obras aquí rescatadas y traducidas gozan de una vigencia indiscutible porque se adelantaron a su tiempo. *La ciudad de los constructores* anticipa de algún modo el borreguismo de la sociedad moderna en la era tecnológica y los riesgos de cualquier pensamiento crítico o divergente, sin olvidar la reflexión especulativa y satírica precisamente sobre la especulación urbanística como punto de encuentro de dudosos intereses políticos y económicos. En *Las*



## Dos ficciones vanguardistas de Paul van Ostaijen

*sirenas*, mitología y modernidad se entrelazan para recordarnos donde están nuestros orígenes. Creemos haber domado a las sirenas, pero estas nunca deponen su poder: ¿se rebelarán alguna vez de las fábricas donde las tenemos presas? Tan solo el tiempo nos lo dirá.

### Obras citadas

BEEKMAN, Eric Montague (1970). *Homeopathy of the Absurd: the Grotesque in Paul van Ostaijen's Creative Prose*. Den Haag: M. Nijhoff.

VAN OSTAIJEN, Paul (1979). «De sirenen», *Verzameld Werk. Proza I (grotesken en ander proza)*. Den Haag: Bert Bakker/Daamen N.V, 311-313.

VAN OSTAIJEN, Paul (1979). «De stad der opbouwers», *Verzameld Werk. Proza I (grotesken en ander proza)*. Den Haag: Bert Bakker/Daamen N.V, 50-54.



Paul van Ostaijen

## La ciudad de los constructores

«Bueno, es que demoler es muy fácil».

(Tópico para reuniones y demás).

—¿Verdad que es fácil demoler? Cualquiera puede dedicarse a ello sin el más mínimo nivel de especialización. Te pones a la tarea con un pico y una pala y en menos que canta un gallo ya se ha acabado la demolición. No solo terminas de demoler, sino que además puedes decir: «¡Ahí queda eso!» Todos admitirán que una profesión así es de lo más fácil.

—En cambio, nunca demoler sino construir, siempre construir, noche y día... ¡Eso es otra cosa, señores demolidores! Por supuesto, estáis tan obstinados en vuestra rabia que ni siquiera podéis comprender la alegría que encierra la construcción constante, el construir y nada más que construir.

Los señores legisladores que tenían en sus manos el destino de la ciudad libre y portuaria de Creixcroll eran, a razón de este parecer, unos fanáticos de la construcción y, en lo que les parecía una correlación necesaria, enemigos de toda demolición.

Decidieron pues aplicar su máxima, la idea antitética relativa a la construcción y a la demolición, también en la ciudad de Creixcroll. No les cabía duda de que la ciudad alcanzaría así un periodo de gran esplendor, como no se conocía desde hace siglos. El alcalde de la ciudad de Creixcroll mandó publicar una ordenanza municipal por la que se prohibía a todos los creixcrolenses demoler cualquier cosa, ni siquiera una piedra de un gallinero. En adelante, se impondrían duras sanciones a quienes se atrevieran a saltarse esta norma. Por otro lado, la asamblea legislativa diseñó un gigantesco sistema de subsidios para apoyar a aquellos que a través de la construcción contribuyeran a elevar la ciudad de Creixcroll a su época de máximo esplendor. Para disuadir a todos del funesto vandalismo de la demolición, se reintrodujo en la jurisprudencia de Creixcroll la pena medieval

de la picota. Aquel que se atreviera a demoler, sin importar el qué, terminaría en la picota. Incluso a los niños se les prohibió volver a desmontar sus construcciones de juguete. Esta sabia medida fue decretada para inculcar desde la niñez los valores positivos de la construcción en las nuevas generaciones, junto al desprecio por la vileza y la facilidad de la demolición.

Los ciudadanos de Creixcroll veían mucha verdad en este razonamiento. Así, cuando se les hablaba del lustre de su ciudad, se les percibía siempre como oyentes obedientes y quizá hasta como material aprovechable. Así ha seguido ocurriendo hasta hoy en día. Los creixcrolenses volaban trabajando, es decir, construyendo. Pronto comenzó a sufrir la ciudad una falta espantosa de arquitectos, albañiles, carpinteros y todos los demás profesionales de las ramas relacionadas con el sector de la construcción. No se tardó en llegar a un punto en Creixcroll en que las profesiones liberales, por así decirlo, quedaron totalmente suprimidas. Los señoritos de clase alta y media se hicieron arquitectos, ingenieros o contratistas de obras, mientras que los trabajadores manuales se pasaron todos a la construcción. Por otro lado, no se podía garantizar la subsistencia de los profesionales de los sectores de lujo, ya que ninguno de ellos se mantenía a la altura de la industria de la construcción. Los artículos de lujo ya no eran deseados. Si a algún creixcrolense le sobraba el dinero, lo invertía en una construcción. Joyas de oro y piedras preciosas, unos muebles bonitos, un ropero lleno hasta la última balda —antaño el ideal de todas las creixcrolenses—, todo ello se abandonaba, inservible. El construir se había convertido en la *vara que todo lo mide* de los creixcrolenses: la riqueza de una persona se calculaba según el número de edificios que construyera, o en el peor de los casos, que mandara construir. Gracias a su viejo puerto, Creixcroll era una ciudad de una



## Dos ficciones vanguardistas de Paul van Ostaijen

riqueza muy consolidada y sus habitantes disponían de abundantes reservas. Dichas reservas, que hasta ese momento se habían invertido principalmente en bonos de sólidos Estados de ultramar, se destinaban ahora de forma íntegra a la financiación de esta época esplendorosa y *constructiva*. Todos invertían cuanto capital móvil poseían en las nuevas edificaciones. Huelga decir que la asamblea legislativa de Creixcrol se las había tenido que ingeniar para proveer a la ciudad del número necesario de panaderos y carniceros. A este fin se había designado a los galeotes.

Si bien en un primer momento la utilidad —esto es, la necesidad y la falta de edificios— aún desempeñaba un papel normativo, esta condición pragmática no tardó en desaparecer por completo, de manera que los creixcrolenses construían solo «por amor al arte», por el prestigio de su ciudad, con el que los embaucaban los filósofos de la teoría de la construcción. Así pues, los habitantes de Creixcrol construían simplemente por el placer de construir. Tanto construían que, tras un breve esfuerzo de esta población cada vez más laboriosa, docenas de edificios de todo tipo —casas, palacios, teatros, iglesias— comenzaron a sobrar. Transcurridos tres años de este afán persistente, la ciudad de Creixcrol contaba, entre otras construcciones, con cinco tribunales de justicia, ocho ayuntamientos, diez mataderos, el mismo número de refugios para perros vagabundos y setenta iglesias, de las cuales cuarenta y cinco no podían utilizarse de momento, además de un sinfín de casas deshabitadas. De vez en cuando era preciso construir excusados a lo largo de la vía pública, con lo que también en este aspecto la ciudad de Creixcrol estaba abastecida de forma ejemplar. La asamblea legislativa de Creixcrol apoyó todos estos esfuerzos en la medida de lo posible. También mandó construir numerosos edificios por cuenta propia, por

ejemplo, dichos excusados. Lo que habría de ocurrir con todas estas reservas de edificios aún estaba por verse.

Ante el inconveniente de lo «inútil», un arquitecto encontró pronto una respuesta técnicamente brillante: la construcción de lo que él llamaba un «edificio abstracto», que el propietario, según las circunstancias, podía convertir en un almacén, un teatro o un restaurante de barrio.

Los demolidores, por la parte que les tocaba, tuvieron que advertir muy a su pesar que las autoridades judiciales no permitían que nadie se mofara de sus decretos. Un colombófilo que, siguiendo la tendencia de todos los creixcrolenses, había renunciado a su afición y por consiguiente había creído necesario demoler su palomar, vio castigada su infracción con un día entero en la picota. En cambio, el suceso relatado a continuación daría lugar a una extensa explicación jurídica.

Un propietario poseía en el centro histórico una casa más ajada que un calcetín desgastado. Como todos los creixcrolenses, también él sentía una profunda devoción por el esplendor de su ciudad y quería contribuir a dicho esplendor respondiendo de igual modo al llamamiento de construir. Dado que dentro del territorio de la ciudad de Creixcrol los solares sin edificar se habían convertido en un bien escaso y, además, a causa de la fuerte demanda, su precio estaba por las nubes, este propietario decidió demoler aquella porquería de casa para erigir una nueva en el mismo lugar. Pero claro, tan pronto como los obreros hicieron ademán de comenzar la demolición, una brigada de agentes de policía se presentó allí y se llevó a toda la pandilla (el propietario, el arquitecto y los obreros) a comisaría. Aquello dio lugar a un juicio muy sonado en la Creixcrol del momento. El propietario creía llevar las de ganar. Defendía que la demolición de una casa era legítima cuando en



## Dos ficciones vanguardistas de Paul van Ostaijen

lugar de una casa vieja se había de levantar una nueva. No se puede construir un rasca-cielos sobre un tejado escalonado de la Edad Media. Tanto más si el tejado se ha venido abajo por el peso de los años sin necesidad de este experimento. El propietario manifestó su convicción de haber rendido un servicio a la ciudad, pues verdaderamente la calle donde se encontraba su casa no era segura ni para los transeúntes ni para los residentes.

—Este planteamiento es completamente erróneo —apuntó el presidente del Tribunal de la Construcción (un organismo encargado exclusivamente de la aplicación de las ordenanzas sobre construcción y demolición)—. Pues no debemos olvidar bajo ningún concepto que los creixcrolenses que marcaron el nuevo rumbo de nuestra ciudad partieron de la idea de que demoler es fácil y, en consecuencia, indigno de un pueblo como el nuestro, y de que solo construir y nada más que construir es el único ideal al que una ciudad tan espléndida como Creixcroll debe aspirar. Sean cuales sean las razones argüidas para fundamentar la demolición, estas son, *a priori*, inválidas. La demolición es, rotundamente, un hecho reprobable.

Así, el propietario fue condenado, después de que el tribunal admitiera las circunstancias atenuantes alegadas por la defensa, a veinte años de prisión. No hace falta mencionar que, tan pronto como se dictó la sentencia, lo pusieron en la picota como a cualquier demolidor. No obstante, su celador, con la cabeza llena de planes del «edificio abstracto» que pronto habría de construir, se olvidó del tipo en la picota. Tras catorce días de las penalidades más dolorosas, el desafortunado propietario terminó por perder la vida.

En la ciudad de Creixcroll aumentó rápidamente la necesidad: nos referimos a la falta de solares sin edificar. Urgía la necesidad de encontrar una solución. La asamblea legisla-

tiva decidió que los constructores creixcrolenses debían ahora acometer las plazas públicas; la salud de los ciudadanos de Creixcroll no debía correr el peligro de irse al garete.

Sin embargo, por muy grande que pudiera ser la escasez, los ciudadanos debían meterse bien en la cabeza que, al igual que antes, toda demolición sería severamente castigada. Si uno no era capaz de encontrar terreno, debía apuntalar el viejo edificio que poseyera de manera que este pudiera soportar el peso de un mayor número de plantas. Si la casa cedía pese a estar apuntalada, solo cabía aceptar este fenómeno natural. Las ruinas, no obstante, no debían en ningún caso ser retiradas. También ellas debían dar testimonio de la actividad de la ciudad libre de Creixcroll.

Una consecuencia más de esta intensa actividad constructora fue que cada creixcrolense se sintiera competente en materia de construcción. En las estadísticas de defunciones de la ciudad de Creixcroll, los accidentes pasaron rápidamente a ser la primera causa. La palabra «accidente», sin embargo, había perdido su significado original: en Creixcroll se entendía por «accidente» solamente el hecho de fallecer debido al derrumbe de un edificio.

A la larga, algunos creixcrolenses creyeron que las cosas se habían llevado ligeramente al extremo. En particular, cuando los constructores comenzaron a afanarse por llenar las plazas públicas de edificios hasta los topes, se formó un movimiento que se hacía llamar —al principio, con vacilación— el «Movimiento Anticonstrucción». Los propagandistas de este movimiento se esforzaron por demostrar que, en realidad, no existía placer alguno en vivir en una ciudad que había sido transformada en una selva de casas —una selva malsana— y que urgía poner fin lo antes posible a esa actividad constructora, por ellos descrita como una fiebre.

Tan pronto como el Tribunal de Construc-



## Dos ficciones vanguardistas de Paul van Ostaijen

ción supo de este lenguaje insurgente, se arrestó al dirigente del Movimiento Anticonstrucción. El Tribunal Supremo, competente en materia de alta traición, recibió la asignación del caso. Los jurados y magistrados de este tribunal consideraron que la traición estaba tan clara como el agua de un manantial, por lo que resultaba muy innecesario someter el asunto a un juicio demasiado solemne. En su sentencia, el tribunal decretó la pena de muerte y dispuso que esta se aplicara por medio de la rueda. Se haría de esta condena una suerte de fiesta didáctica, para dar una buena lección a todos aquellos espíritus inclinados a la rebelión. «Nadie es profeta en su tierra», pensó el anticonstruccionista.

Entonces, ocurrió lo impredecible.

—Su Señoría —dijo el verdugo—, ¿dónde debo colocar la rueda?

—En la Plaza Mayor —respondió el magistrado.

—¡La Plaza Mayor! ¡La Plaza Mayor! Bien sabe Su Señoría que de la Plaza Mayor ya solo queda el nombre.

—Pon la rueda donde quieras, Hapmans.

—Eso es fácil de decir, Su Señoría. No queda ni una plaza en la ciudad del tamaño de un delantal.

—¿Cómo?

—Digo que el traidor, este perro sarnoso,

no puede cumplir su pena en la rueda, porque no hay dónde ponerla.

Así era. La fiesta didáctica tuvo que ser aplazada. Los paladines del Movimiento Anticonstrucción aprovecharon esta situación para azuzar a los creixcrolenses:

—Sabemos que no sois de los nuestros, pero pensad: el gobierno organiza una buena fiesta. Por primera vez en siglos podréis disfrutar de una pena en la rueda a modo de distracción pública. ¿Y qué es lo que ocurre? La fiesta no sale adelante porque no disponemos de plazas. Si hubierais seguido los consejos del condenado, tendríais ahora una plaza y, en consecuencia, lo habríais podido mandar a la rueda tranquilamente.

Esa noche, una cuadrilla de creixcrolenses (entre ellos el verdugo Hapmans), legítimamente ofendidos por la ingenua organización del régimen, se dirigieron a la cárcel y liberaron al agitador. Al día siguiente, lo colocaron al frente de la asamblea legislativa de la ciudad de Creixcroll.

—¿Qué quiere el pueblo? —preguntó desde el balcón del ayuntamiento.

—¡Plazas! —brotó la respuesta, como si fuera un canto gregoriano.

—No te nos volverás a escapar —gritó una voz desde atrás. Era Hapmans. Amaba, a causa de su oficio, la aplicación estricta de la ley.



Paul van Ostaijen

### Las sirenas

No hace demasiado tiempo, los marineros consiguieron atrapar a las sirenas, unas pocas millas al sur de las Azores. Las sirenas silbaban de forma desgarradora, pero los marineros, sordos en el sentido literal de la palabra, no les hicieron caso. Querían purgar los mares de estos peligrosos animales, y encerraron a las sirenas en un rincón oscuro y aislado de la bodega. En los puertos donde atracaba su barco, tras haber relatado su captura, eran recibidos con gritos de júbilo y vítores por la gente de mar, y como los marineros sostenían que una sirena cautiva era un talismán, vendían las sirenas en Lisboa, en Liverpool, en Róterdam, sin gran esfuerzo. Lo único que tenían que hacer los marineros sordos era instalar a la sirena en el rincón más oscuro de la bodega, pues los otros se sabían incapacitados para hacerlo. Es notorio que los capitanes de barco son sujetos que quieren sacarle provecho a todo. Así ocurrió también con las sirenas apresadas. Se abrió un orificio redondo en una de las paredes de la celda de las sirenas, y de este hueco salía un tubo hasta bien por encima de la cubierta que transportaba su silbido meciéndose sobre el mar, sobre la corriente y la ciudad.

Para hacer que las sirenas silbaran cuando le pareciera útil o agradable a la tripulación, se había fabricado una delgada lanza cuyo extremo constaba de tres alfileres punzantes. Estos alfileres se empapaban en néctar de amapolas y, a través de una pequeña abertura de la celda, se clavaban en el cuerpo de las sirenas apresadas. El néctar de amapolas tiene la propiedad de transmitir un anhelo indescriptible de espacio y una aflicción abismal a quien lo ingiere. A las sirenas les

despierta el pasado de los mares remotos y de su antiguo poder sobre los seres humanos, además de una aflicción definitiva, como si todo espacio y toda ilusión de poder estuvieran en una dimensión más lejana. Entonces, las sirenas gritan muy alto; el temblor infinito de su silbido se propulsa agudo más allá del barco y hasta el espacio, pendiendo sobre la corriente y sobre la ciudad. Los tripulantes en los muelles y la gente en las ciudades portuarias dicen en plena embriaguez: «son las doce, las sirenas han silbado, ya es Año Nuevo».

Aun así, pese a encontrarse cautivas, las sirenas no han depuesto su poder. Bien es cierto que ya no pueden atraer a los marineros hasta las profundidades del mar, donde su canto es, más que una recompensa, una muerte prematura en medio del prodigio de anémonas y algas, conchas y corales. No obstante, aquellos que han oído alguna vez el silbido de las sirenas desde lo alto de la ciudad ya no pueden contener sus anhelos por este lamento durante el resto de sus vidas. Como el ratón con el gato, han caído presa de los puertos donde conocen a los barcos y a las sirenas.

Los propietarios de las fábricas de las llanuras han comprado sirenas a los marineros y las tienen hoy cautivas en los sótanos de sus edificios. Sin embargo, por mucho que lo intentan, no consiguen que las sirenas rompan en ese lastimero llanto que estos animales emitían cuando estaban presos a bordo de un barco. Se sospecha que las sirenas decaen lentamente cuando les falta su último gozo, el olor del agua de mar. Por cierto, es también el agua marina la que otorga esa agudeza a su voz.